



## CAPÍTULO IX

Refiere el cura los versos, y se trata sobre la profanidad de las mujeres y el modo con que puede ser lícito en ellas el adorno

—Ciertamente, señores, dijo el cura, que habrá fastidiado á ustedes el sermón; pero como estoy hecho á predicar, se me olvidó que estaba en una mesa; bien que no me arrepiento de lo dicho, porque como estoy seguro de la religiosidad de ustedes, conozco que la omisión de dar gracias no es efecto de impiedad, sino por seguir la moda hasta en esto; aunque también estoy seguro de que desde hoy será otra cosa; y así, variando de asunto, oiga

usted, señorita, cómo se expresó la madre Juana Inés en defensa de su sexo, y con qué gracia reprende á los hombres que hablan mal de las mujeres, después que las seducen.

Dice así:

Hombres necios, que acusáis  
á la mujer sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual  
solicitáis su desdén,  
¿por qué queréis que obren bien  
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,  
y luego con gravedad  
decís que fué liviandad  
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo  
de vuestro parecer loco,  
al niño que pone el coco  
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia  
hallar á la que buscáis,  
para pretendida, Thais, <sup>1</sup>  
y en la posesión, Lucrecia. <sup>2</sup>

¿Qué humor puede ser más raro  
que el que, falto de consejo,  
él mismo empaña el espejo  
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén  
tenéis condición igual;  
quejándoos si os tratan mal,  
burlándoos si os quieren bien.

<sup>1</sup> Una pública ramera.

<sup>2</sup> Una romana tan honrada, que se mató por no sufrir su honor ultrajado por la fuerza.

Opinión ninguna gana,  
pues la que más se recata,  
si no os admite, es ingrata,  
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,  
que con desigual nivel,  
á una culpáis por cruel,  
á otra por fácil culpáis.

¿Pues, cómo ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende,  
si la que es ingrata ofende,  
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena,  
que vuestro gusto refiere,  
¡bien haya la que no os quiere,  
y quejaos enhorabuena!

Dan vuestras amantes penas  
á sus libertades alas,  
y después de hacerlas malas,  
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido  
en una pasión errada,  
la que cae de rogada,  
ó el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,  
aunque cualquiera mal haga,  
la que peca por la paga,  
ó el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis  
de la culpa que tenéis?  
Queredlas cual las hacéis,  
ó hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,  
y después con más razón  
acusaréis la afición  
de la que fuere á rogar.

Bien con muchas armas fundo  
que lidia vuestra arrogancia,  
pues en promesa é instancia  
juntáis diablo, carne y mundo.

Todos aplaudieron los versos, especialmente las señoras; pero el Licenciado, en un tono burlón, dijo:

—No hay duda de que están buenos los versos que ha dicho el señor cura; pero, con su licencia, son mejores unos que yo sé, y dicen así:

Cierto artífice pintó  
una lucha en que valiente  
un hombre tan solamente  
á un horrible león venció.

Otro león que el cuadro vió  
sin preguntar por su autor,  
en tono despreciador  
dijo: — Bien se echa de ver  
que es pintar como querer,  
y no fué león el pintor.

¿Qué tal? ¿no está la fabulita que ni mandada á hacer? ¡ya se ve! como del numen del dulce Samaniego.

—Bien, dijo don Dionisio; pero ¿á qué viene aquí la fabulita?

—Claro está á lo que viene, contestó el Licenciado; se echa de ver que no fué hombre sino mujer la autora de las estrofas que ha referido el señor cura, y así escribió á su favor, y acaso sin la mayor noticia en la materia, como que era una religiosa enclaustrada en un monasterio, y no una mujer del mundo. En atención á esto, no fué mucho que manejara la pluma tan á favor de su sexo, porque no fué león el pintor, y así ella pintó á los hombres y disculpó á las mujeres como quiso. Si hubiera

sido hombre el autor de los versos, hubieran éstos salido á favor de los hombres y se vieran pintadas las mujeres en ellos con unos colores nada ventajosos.

Efectivamente, en este caso poco trabajo costaría al poeta probar que las mujeres siempre tienen la culpa de que las seduzcan los hombres. Ellas dan la materia, y los hombres disponen la forma. ¿Qué importa que no rueguen descaradamente que las seduzcan ó enamoren, si lo dan á entender con sobrada claridad?

Ustedes, señores, habrán advertido el modo con que las pateras llaman á los marchantes. — *Aquí hay pato grande, dicen, venga usted, mi alma; aquí hay pato grande, venga usted.* — Las almuerceras obran de distinto modo en la apariencia; pero tienen igual ó más eficaz virtud en la realidad; pues, aunque no llamen con la boca á los que pasan, provocan su apetito con más arte, poniendo en sus puertas las cazuelas de sus almuerzos ó meriendas, muy olorosas y compuestas con ramilletes de rábanos y lechugas.

Así son las mujeres que quieren ó captar la benevolencia de los hombres ó arrancarles el dinero. Todas llaman; la diferencia está en el modo. Las coquetillas infelices se paran en las puertas de sus accesorias, ó pasean de noche por los portales y lugares acostumbrados, acompañadas de un muchacho ó criada trapientos, con los que van diciendo: — *Esta casa se alquila.* — ¿Quién

no advierte el espíritu de estas pobres? Pues éstas son las pateras.

Las no infelices, no se valen de estos arbitrios vergonzosos; pero sí de otros que no les van en zaga en la substancia. Tal es la profanidad en el vestir, la libertad en el hablar y aquella estudiada afectación de todas sus operaciones. ¿A qué fin, sino para provocar á los hombres, son esas medias de color de carne, esas transparencias de los puntos con que se descubren las espaldas, esos descotes que hacen saltar los pechos desnudos, esos contoneos al andar, esos melindres y monadas al reir, al saludar y al hablar, en una palabra, ese conato tan escrupuloso para parecer bien y hacérsenos amables? ¿No es verdad que estas tales se parecen á nuestras almuerceras, que aunque no llaman á los hombres con la boca, los provocan con su diligencia y compostura? En efecto, las mujeres pobres gritan su deseo y las no pobres lo dan á entender; pero todas *lo venden so pato*, como dicen las indias.

Desengañémonos, señores: siempre los hombres han buscado la disculpa de sus extravíos en las mujeres, y éstas en aquéllos; pero lo cierto es que tan malos son unos como otras; mas por lo que toca al punto de seducción, ellas son peores que ellos, porque si los hombres las seducen, es porque las mujeres se dejan seducir, y no sólo les facilitan el camino, sino que los

incitan á ello y casi se lo ruegan, como lo he probado; y últimamente, si no hubiera tantas mujeres descocadas no habría tantos hombres atrevidos.

Dejó de hablar el Licenciado, y Eufrosina, disimulando mal la incomodidad que tenía, dijo:—¿Qué le parece á usted, señor cura, y qué buen concepto debemos las mujeres al maldito *Nariguetas*? Para él no hay una buena, ni sabe hacer distinción de estados, clases ni condiciones. A todas mide con una misma vara. La casada honrada, la doncella virtuosa, la viuda honesta, la señora decente, son lo mismo que las abandonadas de la calle. ¡Vamos, que esto es una picardía intolerable, y sólo usted, señor licenciado Narices, se puede producir de esta manera! Si yo no creyera que hablaba de chanza y sólo por hacernos enojar, diría que era usted temerario y un malcriado, pues aunque fuera verdad cuanto dice, debería no decirlo delante de unas señoras que lo entienden. Esto es falta de política y buena crianza. Ni mi lacayo se produciría de ese modo.

—No, no hay que atufarse, caballera, decía con mucha sorna el abogado; yo no barro con todas las mujeres. Sé que las hay muy virtuosas, honestas y ejemplares; pero se pueden perder entre las que no lo son, en fuerza de su escaso número, si se pone en comparación; hablo solamente de las descaradas, profanas y provocativas. Si aquí no hay ninguna que lo sea,

como yo lo creo, no hay para qué enojarse, pues yo no cito ejemplares señalados. En una palabra, entren todas, y luego salgan las que yo no he metido; pero estoy seguro de que nada he dicho que no lo demuestre la experiencia. ¿Qué dice usted, señor cura?

—¿Qué he de decir? respondió el cura, sino que, haciendo la distinción debida, y la protesta que usted acaba de hacer de que no habla en general, sino sólo de las mujeres que con sus trajes ó acciones poco honestas incitan á los hombres, dice muy bien; pero advierta usted que tampoco á esas mujeres defiende la madre Juana Inés en los versos que escribió y yo he dicho; sino á las timoratas y recatadas, que son seducidas dentro los muros de su misma honestidad. Bien se colige de sus mismas palabras que éste fué su espíritu, y no el de defender la liviandad de muchas de su sexo. Oiga usted sus palabras otra vez:

Combatis su *resistencia*,  
y luego, con gravedad,  
decís que fué liviandad  
lo que hizo la diligencia.

Bien claro está que nuestra monja habló en pro de aquellas que hacen *resistencia* á la seducción y no de las que convidan á ella. A éstas ¿quién las ha de defender, cuando se hacen objeto de abominación para Dios y para los hombres? Hablo especialmente de las

mismas que usted ha hablado, esto es, de las muy profanas y escandalosas.

El Espíritu Santo aconseja que se huya de las mujeres compuestas con demasiado lujo, y que no se entretengan con ellas, porque han sido muchas veces el escollo de la inocencia.<sup>1</sup>

La verdadera virtud ó el mérito verdadero, dice un luterano convertido, saca su lustre de sí mismo y no busca un realce en el oro y en la plata, que sólo es estimado entre las mujeres, los tontos y el vulgo, el cual ordinariamente juzga del individuo por la profanidad ó adorno de su traje.

—Pero, señor cura, decía Eufrosina; ¿qué, todas hemos de vestirnos con hábitos de capuchinas ó enaguas de jerguetilla?

—De ninguna manera, respondió el párroco; en esta sociedad hay variedad de clases, y en cada clase debe guardarse el orden que le toca, pues saliendo de él se hace cualquiera singular. Tan extraño y ridículo sería en un capitán de milicia traer una capilla de fraile, como en un fraile lampazos de capitán. Esto quiere decir que cada uno debe vestirse según su estado y condición, y por eso dice aquel refrán vulgar: *Vístete como te llamas*. No se ha de vestir la secular como la monja, ni la casada como la viuda, ni la joven como la vieja, ni la señora

<sup>1</sup> *Ecl.*, cap. IX.